

## Colombia (1868-1869)

## WILHELM REISS

Traducción: Juan Guillermo Gómez García.

Trabajo fotográfico: Andreas Lehnert, Centro Latinoamericano (CeLA), Alemania.

I

Cartagena, 25 de febrero de 1868

A una gran provincia autónoma es un nido miserable de tal vez unas 6.000 almas. Las casas, construidas alguna vez con lujo, están convertidas, en su mayoría, en un montón de ruinas; fuertes temblores de tierra y revoluciones reiteradas han destruido la ciudad. Pero, sin cesar, las casas claras, con sus techos planos, ofrecen una atrayente vista de la verde planicie rodeada de altas montañas (6.000-8.000 pies). Si desde aquí tampoco se ven las enormes montañas de la Sierra Nevada cubiertas de nieve, no dejan de impresionar ya sus picos más bajos, que se encuentran a unas 4 ó 5 horas de distancia, por sus alturas y la maravillosa belleza de sus formas. En su interior la ciudad es miserable; puercos, perros y chulos (aves carroñeras), sobre todo, dan vida a las calles amplias, derechas y llenas de arena.

Nos hospedamos en un buen hotel, para las condiciones de esta ciudad y tuvimos que quedarnos veinte días en este nido, perdiendo el primer vapor que partía, para regular nuestros instrumentos.

Hicimos una excursión a Minca, una de las plantaciones de café, situada a 2.000 pies de altura, donde tuvimos la oportunidad de admirar la vegetación maravillosa de los bosques de estas montañas. Finalmente, el 15 de febrero, nos embarcamos en un pequeño vapor fluvial (en un vapor de rueda de popa) construido completamente plano. La embarcación navega desde allí un trayecto en alta mar, pero después a través de pantanos en el interior y estrechos canales hacia la desembocadura del río Magdalena y hacia la principal plaza comercial del estado, hacia Barranquilla. El viaje, de cerca de 18 horas, es magnífico; en ocasiones se va sobre lagos de varias millas de ancho, en ocasiones a través de canales tan estrechos y angostos que las ramas de los árboles de ambas orillas llegan hasta la embarcación. Miles de los más extraordinarios pájaros acuáticos vivifican los pantanos, bandadas de pequeños papagayos atraviesan los bosques y el agua misma abunda en peces y caimanes. Pero lo que necesariamente brinda a este viaje el mayor estímulo es la vegetación impresionantemente exuberante, favorecida por el calor y la humedad. Grandes bosques de manglares, cuyas raíces aéreas yerguen el tallo sobre la superficie del agua, se extienden de tal manera que se cree ver tierra firme, donde en realidad forma el subsuelo sólo pantano y agua; plantas acuáticas flotantes cubren en grandes extensiones la superficie parecida a prados. No podíamos saciarnos de estas imágenes subyugantes, y eso que las veíamos en la estación del año menos propicia, ya que desde hacía meses no llovía: pues ahora estamos aquí en verano, y precisamente en marzo, cuando vienen las lluvias, cobra la vegetación todo su esplendor.

Página anterior:

Wilhelm Reiss, 1874 (Tomada de: Spurensuche, de Andreas Brockman y Michaela Stüttgen, Leipzig, Lateinamerika-Zentrums, Universität Münster e Institut für Länderkunde, 1994).

En Barranquilla encontramos, entre los alemanes allí asentados, el más cordial recibimiento y fuimos acogidos con gran deferencia. A los esfuerzos de nuestros compatriotas hubimos de agradecer que después de tres días pudiéramos conseguir caballos y guía, para emprender un viaje a caballo a Cartagena. Lo más interesante de la zona fueron los volcanes de lodo, que llegaron a ser famosos gracias a Humboldt, pero que aún no habían sido estudiados más adecuadamente. El 18 de febrero viajamos a caballo de Barranquilla hacia Tubará, situado cerca de la costa; al día siguiente bajando desde la cima en rumbo al occidente en dirección al mar, hacia Saco, y al día siguiente, nuevamente siguiendo la costa hacia la península de Galera Zamba. Dos días pasamos en las más miserables circunstancias en un pueblo de negros, La Boca, para investigar desde allí los volcanes de lodo situados en sus cercanías. Logramos tomar muestras de los gases. Una cabalgata de doce horas diarias, ininterrumpida a través de la selva, nos condujo a Cartagena, a la capital alguna vez de todas las posesiones españolas en Sudamérica. Este viaje, tan sucintamente descrito, fue muy fatigante, pues tuvimos que pasar todo el día, desde temprano en la mañana hasta la tarde, bajo el más ardiente sol, sin una comida apropiada y durmiendo en las noches en la hamaca, que servía de día como gualdrapa. Mas, ¡cómo nos veíamos después de estos cinco días de viaje a caballo, en el que no podíamos llevar equipaje alguno, para ganar espacio para nuestros instrumentos! Negros tostados, como los indígenas, sucios y destrozados, entramos a la ciudad.

II

Honda, 20 de marzo de 1868

En Cartagena, alguna vez una ciudad próspera, pero ahora muy empobrecida, nos quedamos sólo dos días. Después montamos de nuevo en nuestros caballos y proseguimos nuestro camino hacia Turbaco. Cerca de aquí, a unas seis horas, se encuentra otro insignificante volcán de lodo, pero que llegó a ser famoso gracias a la descripción de Humboldt. Si bien vimos una formación similar en Galera Zamba, no merece la pena una visita, pues allí no hay nada que ver más que un lugar pelado en la selva, cubierto con un lodo endurecido, desde el cual se fugan gases en diferentes puntos, entremezclados con restos de barro. El objetivo de la visita fue cumplido cabalmente, pues pudimos llenar una serie de tubos, para someterlos después a estudio.

De Turbaco regresamos a Barranquilla en un viaje de dos días a caballo. La ruta es fascinante en algunos trayectos, pero en otros es espantosamente fatigante. Algunas cadenas de montañas bajas ascienden a alguna altura, suntuosas depresiones cambian los bellos panoramas. Pero las poblaciones, con excepción de las ciudades de Sabanalarga y Soledad, cerca del Magdalena, son miserables, y el cabalgar sobre las arenas de las riberas del río Magdalena no ofrece interés alguno.

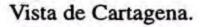
El 28 de febrero por la tarde regresamos nuevamente a la ciudad, ya que el primero de marzo debía partir un vapor río arriba. Sin embargo, la partida fue pospuesta, pues el correo inglés no había llegado a tiempo, y el río llevaba tan poco caudal que las embarcaciones, con excepción de algunas pocas, estaban en la parte de arriba del río sin poder volver abajo, hacia Barranquilla. Pues si el Magdalena tiene una majestuosa corriente colosalmente ancha, con todo, su lecho es tan poco profundo en algunos trechos que ahora, al final de la temporada de sequías, no puede navegar por el río ni siquiera un vapor de cuatro pies y medio de profundidad. El día dos llegó la noticia de que uno de los grandes vapores de la sociedad de navegación había encallado en la parte de arriba del río y, por tanto, se debió enviar un barco para intentar el rescate de esa embarcación. El día tres nos embarcamos en Barranquilla, con unos pocos pasajeros, en un barco de aproximadamente setenta pies de largo por veinticinco de ancho. Su construcción era parecida a la del que nos condujo de Santa Marta a Barranquilla, pero poseía camarotes para dormir.

La corriente en Barranquilla —pues Barranquilla está en un pequeño brazo del río— es enormemente ancha, pero tan llena de islas que atenúa la sensación de grandeza. Si me atreviera a comparar esta parte del río, quisiera hacerlo con la dilatación —en forma de lagos— de la desembocadura del Rin, por ejemplo en Dordrecht. El brazo del río que navegamos bien podría tener, ahora cuando las aguas están más bajas, el doble de anchura del Rin en Mannheim. Lentamente, el agua turbia y sucia va arrastrándose entre las orillas bajas, pobladas de bosques. Pero en la época de lluvias, todo se inunda, las islas desaparecen, y una superficie ancha de aguas color café se extiende por muchas, incontables horas.

Durante doce días navegamos contra la corriente. Al principio se viajó rápido, río arriba. Pero después se presentaron los trechos poco profundos. Cruzando en zigzag sobre el río, tuvimos que buscar aguas profundas; a veces podíamos sólo viajar a media máquina, a veces permanecer completamente quietos, para poder sondear el río con el barco. Dos, incluso tres veces al día nos acercábamos a la orilla para recoger leña, que se encuentra en muchos sitios, para uso del vapor. De madera no hay escasez, pues de Barranquilla hasta Honda se viaja a través de una ininterrumpida selva. ¡A ambos lados del río, día a día, no hay sino selvas y más selvas! ¡Y qué clase de selvas! Árboles de sesenta, ochenta y aun más pies de altura empinan sus copas de hojas sobre una impenetrable maleza. Todos los árboles posibles se entremezclan sin distinción, floreciendo maravillosamente y atados por lianas trepadoras de voluptuosas formas.

Digo: viajamos doce días a través de selvas, a través de una ininterrumpida selva, pues, con excepción de Remolino y Magangué, en la parte de abajo del río, no hay hasta Honda ningún sitio con casas con muro. Todas se componen de chozas bajas cubiertas de hojas de palma, cuyas paredes están tejidas de cañas de bambú cortadas, y la mayoría de las localidades anunciadas en nuestros mapas en letras gordas se componen apenas de una o dos edificaciones. Campiñas o campos cultivados se ven sólo en casos raros; la mayoría de las plantaciones se encuentran retiradas del río. Pero también donde ellas se aproximan a la corriente no constituyen una interrupción de la selva, pues todos los campesinos, si se puede llamar así a estos individuos, talan, donde ellos prefieren, un pedazo de bosque y plantan plátanos: tal cosa se llama un platanal. Estas plantaciones se elevan muy hermosamente con su verde luminoso entre la selva, que se destaca como su marco. Cantidades enormes de bananos se cultivan aquí: todo el pueblo vive propiamente de esta fruta, de la que dos mil o tres mil unidades nos fueron vendidas a nosotros frecuentemente por treinta coronas.

La vida animal es interesante sólo en algunas partes del río. Los animales más abundantes son los caimanes. Yacen estirados por decenas en los bancos de arena o dis-





frutan en tierra descansando, y duermen con la boca completamente abierta. Al lado de estos peculiares habitantes del agua, desempeñan las aves acuáticas un papel principal: allí hay cientos de patos y somormujos de todos los colores, que aceptan tranquilamente, sin pensar en huir, los disparos que se hacen en medio de ellos. Surte un efecto extraño, cuando una de estas aves de largas patas se sienta sobre una rama salediza, a la espera de los peces. Espléndidas son las garzas blancas y las especies afines a ellas. Si se va tierra adentro, entonces se cae en una selva impenetrable, llena de mariposas. ¡Pero ningún pájaro cantor! Grandes papagayos, coloreados magníficamente, cruzan, de cuando en cuando, en bulliciosa algarabía, por el río. Estos bosques deben de estar llenos de monos: pero sólo vimos unos pocos.

Cuanto más navegábamos río arriba, más se dificultaba el viaje. A veces estorbaban enormes troncos, a veces bancos de arena, que nos detenían; a veces debíamos proseguir por un lado de una isla, a veces por otro. Pero, el escenario permanecía siempre idéntico, sólo que el bosque era cada vez más bello y exuberante. Una planicie inmensa se extiende a ambos lados del río. Primero vemos a la distancia las montañas de Antioquia; después, al otro lado del río, las de Santander. A la altura de Nare se acercan las montañas. Pero prosigue solamente llanura y sólo llanura, hasta que finalmente cerca de Honda se pueden percibir los primeros montículos de las montañas de Bogotá. Ahora el paisaje toma vida; las principales dificultades del río están superadas. El capitán, un amable alemán que durante todo el tiempo lleva la obligación en la cubierta superior al lado del timonel, baja para felicitarse del éxito del viaje. Pero de pronto una sacudida violenta y un fuerte ruido: el barco ha encallado con toda su fuerza en un tronco que está bajo el agua. "A tierra", grita el capitán, y en pocos minutos el barco esta detenido sobre la arena. La cosa había sido afortunada, pues con gran violencia el agua entraba a chorros en la embarcación por cinco agujeros. En un instante el agua medía cuatro pies de altura; la totalidad de la carga quedó empapada, así como también una maleta y una caja mías. Con dificultad fueron taponados los orificios y bombeada la embarcación. Para lograr desprendernos del banco de arena, necesitamos leña. En las cercanías había muy escasa. Por tanto,

Observatorio y Convento de Santa Clara.



se tuvo que enviar un bote a Conejo, a cinco horas de distancia, para recoger un vapor que, por suerte, se encontraba allí. A la mañana siguiente obtuvimos la madera y partimos en compañía del otro vapor, pues algo estaba roto en la caldera, y a duras penas pudimos llegar a Conejo. Correo y pasajeros se transbordaron a otro vapor que prosiguió el viaje, pero nosotros permanecimos con nuestras cosas a bordo, y dos días después llegamos finalmente a Honda, el lugar de destino de nuestro viaje fluvial.

Honda, maravillosamente situada al pie de empinadas montañas, en algunas partes sólo cubiertas de prados, semejantes a los de la Suiza sajona, está construida por la confluencia de más aguas. Valles profundos, empinados, que están enterrados en el piso del valle del río Magdalena, desembocan aquí. Ambas cordilleras de más de 10-12.000 pies de altura, los Andes y las montañas de Bogotá, se ven desde aquí, y entre ellos se extienden las bajas mesetas con sus montañas escarpadas. La vista alcanza su mayor grado de esplendor cuando el cielo claro permite ver los nevados del Tolima y del Ruiz.

## III

## Bogotá, 16 de mayo de 1868

Desde Honda hicimos una excursión a las minas de Santana. Para este efecto, alquilamos mulas y recorrimos la llanura del Magdalena, cercada por escarpadas montañas. Después de cerca de tres horas de viaje desde Honda llegamos a Ceiba, la propiedad de un alemán, el señor Clemens, y en vez de encontrar un desayuno sencillo y una corta parada, tuvimos que permanecer aquí todo el día, para ver los jardines, las plantaciones de azúcar, la destilería de alcohol, etc. En la misma Santana conocimos al señor Treffry, hombre culto y muy confiable en cuanto a los aspectos geológicos del país. Pudimos adquirir una colección de plantas fósiles nada despreciable formada esmeradamente por él, que, empacada por él mismo, está ahora en Honda y espera el resto de nuestro equipaje, para ir a Mannheim.

De vuelta a Honda, intentamos obtener mulas para viajar a Bogotá pero, como tuvimos una desavenencia con el dueño, un alemán, el señor Weckbecker, nos dio seis mulas, para transportar nuestras cosas y continuar nuestro camino. Cinco días de camino necesitamos para llegar a la capital, si así se puede llamar un sendero para mulas en pésimas condiciones y muchas veces espantosamente empinado. Marchando a lo largo del valle del Magdalena, se atraviesa por selvas magníficas y, a medida que se asciende tanto más espectacular es la vista sobre el valle del río y las elevadísimas montañas de la cordillera principal que están al occidente. Arriba, por encima de las nubes, se elevan los nevados, bellamente formados, cuya naturaleza volcánica ofrece a nuestros ojos un especial atractivo. Por la tarde, a la una, habíamos salido a caballo de Pescaderías, un pueblo frente a Honda, de manera que nos fue imposible alcanzar el hospedaje nocturno normal del pueblito de Guaduas. Tuvimos, pues, que pasar la noche en una falda de la montaña, en una cabaña miserable y aislada, pero tuvimos la ventaja de disfrutar la vista de la iluminación al atardecer y al amanecer. Desafortunadamente, en ambas ocasiones, la parte baja de la región estaba cubierta de densas nubes. La temporada de lluvias había comenzado, y los días despejados y bellos son, mientras ella continúe, una rareza.

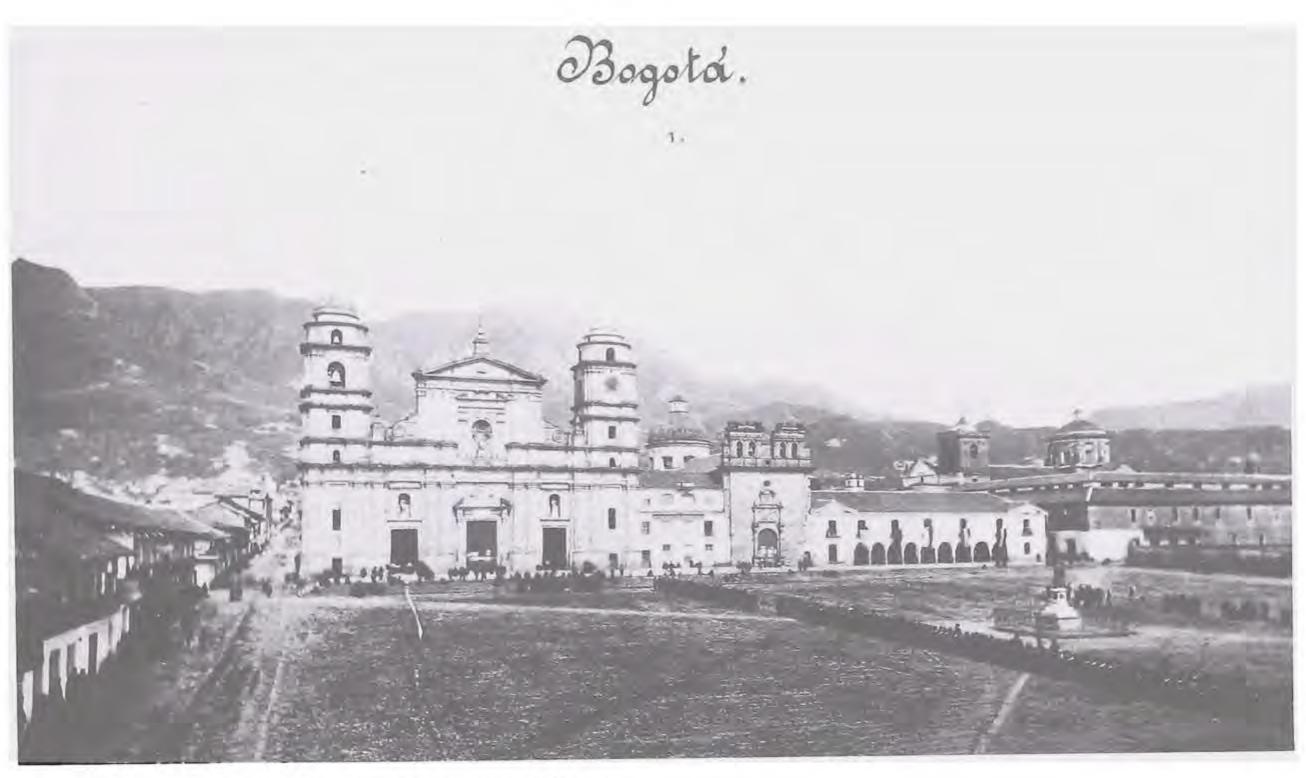
Cuando, a tempranas horas de la mañana, ascendimos por el declive de la montaña, subían lentamente las nubes: unas veces nos cubría una densa niebla; otras veces caía el sol con fuerza. Sólo la disminución y el cambio de vegetación nos permitían reconocer que nos acercábamos a regiones más altas y más frías. Pero justamente cuando alcanzamos el punto más alto del camino, se deshizo la capa de nubes: como parados en una atalaya, veíamos hacia abajo al valle del Magdalena, que está 4.000

pies más abajo. Al principio las montañas, cuya cresta subimos, caen escarpadamente en dirección a la corriente del río; más abajo se halla un suave declive, desmembrado por muchos valles y desfiladeros, que corre paulatinamente hacia la llanura del río Magdalena. Las faldas están cubiertas de una selva cerrada, en la que los únicos claros existentes, con campos despejados y casas envidiables techadas de paja transmiten una imagen idílica. Entre un verde magnífico, el agua color café y cenagosa del Magdalena serpentea, sitiando muchas islas. Más allá del río, la llanura se expande, ascendiendo lentamente hacia el occidente, atravesando por entre una serie de cadenas montañosas cortadas a pique, que tienen en su cima una meseta extensa, los restos de una más vieja y alta llanura fluvial, cuyas capas de traquita cubrieron en alguna época el espacio hasta la cordillera Oriental. Y sobre esta llanura se elevan, pues, las montañas de esta cordillera hasta más allá de la frontera de la nieve perpetua.

Sólo por pocos momentos nos fue dable contemplarlas, pues la niebla se cerró y tuvimos que proseguir. Sin embargo, apenas unos pocos pasos más allá, se envolvió nuestra vista en otra imagen, si no tan espectacular, sí, por lo menos comparativamente tan encantadora. Habíamos traspasado las montañas, y ante nosotros se abría el valle de Guaduas, en forma de hondonada, rico en praderas verdes, en cuyo suelo, apoyada en las paredes rocosas situadas enfrente, está encantadoramente situada la población de Guaduas. Entre caminos sumamente peligrosos, se desciende a través de un punto cercano de ninguna manera atractivo y se sube nuevamente a la otra parte del valle hacia el Alto del Raizal, se desciende nuevamente y otra vez se asciende a la punta del Alto del Trigo, la máxima cresta montañosa antes de llegar a Bogotá. En Honda nos encontrábamos cerca de 700 pies (200 m) sobre el nivel del mar; el bello punto de observación (El Salto, Sarjento) alcanza 4.500 pies (1.343 m), Guaduas descansa sólo a 3.300 pies (1.036 m) sobre el nivel del mar, pero el Alto del Trigo se eleva sobre los 7.400 pies (1.928 m). Aquí crece ya una vegetación completamente diferente de la del valle del Magdalena; sobre todo, son llamativos los polipodios, cuyas aventureras formas pueden estudiarse aquí en ejemplares de 15, 20 y más pies de altura. También las rocas son diferentes, pues, mientras hasta ahora todo el camino pasaba por sobre piedra arenisca, el Alto del Trigo se compone de esquistos oscuros, muchas veces completamente negros. Ya casi había atardecido, cuando llegamos a su paso más alto, por lo cual solicitamos a nuestro arriero avanzar con las mulas por el escarpado camino principal hacia Villeta, mientras nosotros permanecimos aquí, para hacer algunas observaciones. Pero, como entre tanto nos sorprendió la noche, tuvimos que quedarnos en la primera buena casa que hallamos, pues no queríamos perder el panorama de la región y, a causa de la misma petrificación existente, no queríamos dejar en la oscuridad una parte especialmente interesante del camino, y estuvimos obligados sin otros medios a pasar allí la noche.

El tercer día del viaje ganamos, con un no deseado descenso, la amable población de Villeta, ubicada sólo a cerca de 2.600 pies (813 m). Pero desde allí comienza propiamente el trabajo del ascenso de la cordillera de Bogotá. Aquí, por primera vez, el camino se dirige a las montañas: va en zigzag a la cumbre, en una forma que se tendría por imposible en Europa. De la caliente Villeta se llega rápidamente a regiones frías; la vegetación se transforma completamente en europea, las formas de las montañas y valles son indescriptiblemente bellas. Alturas, que entre nosotros aparecerían peladas y sin vegetación, resplandecen aquí en los verdes más ostentosos. Hay casas desperdigadas al lado del camino por todas partes, y se ven lugarcitos al fondo de los valles y en las pendientes de las montañas.

La noche nos sorprendió, antes que hubiéramos alcanzado la altura, y otra vez tuvimos que pernoctar en una posada aislada. Aquí ya se encuentra mobiliario para los viajeros, las primeras señales de la cercanía de la capital. Al día si-



Bogotá: Plaza de la Constitución, Catedral y Capilla del Sagrario.

guiente emprendimos un viaje de tres horas a caballo por un valle maravilloso en tierra montañosa hacia el Alto del Roble, un corte en las montañas de la sabana de Bogotá (9.000 pies, 2.755 m). Sorprendida queda la vista ante la meseta de leguas enteras, después de la fatigosa cabalgata sobre las masas montañosas. Aquí, en El Roble, empieza la carretera que conduce hacia la capital. Las fincas de campesinos entre campos cultivados de papas, cereales, trigo, las extensas praderas, todo hace recordar a los países nórdicos, sólo que los hombres en sus trajes típicos no responden bien a ello. En Facatativá (2.586 m), una pequeña población a la entrada de la sabana, dejamos las mulas. El equipaje lo pusimos en carretas de bueyes, y nosotros seguimos a caballo, de manera que cruzamos la altiplanicie al otro día por un camino (real) no del todo malo. Gastamos un día entero para llegar a Bogotá (2.611 m). La situación de la ciudad al pie de bellas y horriblemente empinadas rocas de formación arenisca, cuyas dos alturas ubicadas a ambos lados de un desfiladero ostentan las radiantes capillas de Guadalupe y Monserrate- es por todos los conceptos bella. Era un domingo; el filisteo bogotano se paseaba en las afueras de la ciudad. Desde hace meses, desde nuestra partida de St. Nazaire, no veíamos nuevamente hombres con sombreros de copa negros.

Pasados ocho días encontramos una casa adecuada a nuestras necesidades. Tenía cerca de 20 habitaciones, todas en el primer piso, ordenadas alrededor de dos patios. Allí Stübel y yo vivíamos como únicos moradores, rodeados de nuestras colecciones e instrumentos y algunos aparatos puestos al abrigo. Allí también fue donde yo, poco después de nuestra mudanza, caí enfermo y me recuperé gracias a los cuidados de Stübel y un médico inglés. Aquí, como en todas partes, mis referencias nos abrían las puertas de las mejores casas; por viajeros de negocios, ya se sabía que éramos recomendados por Bismarck. Al manes e ingleses competían en atenciones; el propio enviado diplomático inglés nos hizo una visita y nos presentó, después de mi restablecimiento, al ministro, para el que yo tenía una carta oficial del cónsul de Prusia en Barranquilla. A nuestra

llegada no se pudo hacer esta presentación, pues justamente en esos días un nuevo presidente asumía el poder.

A ruego del gobierno, se nos confió el observatorio astronómico, en el que yo puedo hacer mis observaciones.

IV

Bogotá, 17 de junio de 1868

Los primeros buenos días de la así llamada época seca que estaba llegando (aquí, en Bogotá, llueve por lo menos dos veces al día) los aprovechamos para visitar el famoso salto de Tequendama. En medio de un diluvio abandonamos la ciudad, dirigiéndonos hacia el sur, y llegamos en pocas horas a la localidad de Soacha (2.552 m). En esta población, acomodada al sur de la altiplanicie rodeada sólo de bajas montañas, se pasa generalmente la noche, para seguir a la mañana siguiente el camino al salto; pues hasta cerca de las nueve de la mañana se puede contar con una vista despejada, ya que más tarde las nubes que vienen subiendo del valle del Magdalena cubren completamente el estrecho desfiladero. La mañana era espléndida; los picos, que por sus formas recuerdan las montañas griegas, dejaban reconocer en el aire claro todos los detalles de la desnuda cuesta. Tan rápido como fue posible intentamos llegar al salto, pero en la Nueva Granada todo tiene sus dificultades. Llegamos al río Bogotá. Éste está formado por la afluencia de numerosas quebradas, que conducen el agua de las empinadas montañas a la planicie. En la época de sequía él es insignificante, pero en las lluviosas, en muchas partes, sube por sobre las bajas orillas, inundando considerablemente la región. Así se forman grandes lagunas y el río, atravesando la planicie en forma sinuosa, adquiere, propiamente en su salida de la escarpada pendiente hacia el Magdalena, una fuerte corriente. Frecuentemente tuvimos que cabalgar sobre prados inundados, antes de llegar a la casa de Canoas, al lado del puente sobre el río. Como éste se había caído en diciembre, se viaja en bote a la otra orilla, por lo que tiene este punto el nombre de Canoas. Pero como también éstas estaban destruidas, tuvimos que hacer el viaje en una balsa que, más o menos tan grande como el tablero de una mesa, se componía de juncos atados. La cosa es tan débil, que apenas se puede pasar de una vez con la carga de una mula. Los pasajeros son transportados individualmente, si acaso con una silla de montar o algún equipaje pequeño. El paso mismo se efectúa por medio de una cuerda tendida sobre el río que el piloto extiende con las manos. Caballos y mulas tienen que nadar. Que atravesar el río cuatro personas y dos mulas requiere mucho tiempo, es algo evidente.

Tan pronto dejamos la planicie, ascendimos por una región de colinas bajas. Penetrábamos cada vez más en una maravillosa región boscosa. Allí abandonamos los animales y proseguimos a pie por las cada vez más empinadas colinas. Pronto se empezaron a oír los bramidos del agua, un fuerte viento movía las ramas de los árboles, pero aún no se veía la catarata, hasta que nosotros, finalmente, al salir de los densos matorrales, llegamos a una superficie rocosa en la parte superior del río. El agua espumea aquí (cerca de 25 pasos de ancho) entre colinas de 600 a 800 pies de altura sobre un lecho rocoso, cubriendo la vaguada completa. Una selva frondosa cubre las pendientes; helechos, enredaderas y matorrales forman el monte bajo. Desde ese angosto lecho se precipita de repente, por una pared de 90 grados, una masa enorme de agua sobre una terraza ubicada 20 ó 30 pies más abajo y desde aquí, en una inmensa arcada, se disuelve en espuma, después de 137 metros de caída.

¡Cómo contrastan las paredes de este desfiladero con la pendiente redondeada, cubierta de vegetación, de las partes altas de la montaña! En las paredes de ángulo recto formadas por capas de arena casi horizontales, las rocas rodean un amplio circo. En los resaltos y descansillos de los estratos de rocas se erigen palmas maravillosas, y también a la orilla del río las masas de cenizas están adornadas con un verde exuberante. Los fragmentos de agua disueltos en polvo ascienden desde lo profundo como finas nubes de lluvia, perdiendo en volumen a medida que suben, arrebatadas la mayoría, en pequeñas nubecillas, por el viento, que las lleva a una gran distancia. Si la vista de la margen de arriba de la cascada es sumamente bella, la perspectiva del otro lado ofrece todavía una impresión más sobrecogedora. El tiempo no fue, durante esta primera visita, en modo alguno favorable. Densas nubes se estacionaban en el estrecho desfiladero, y sólo de rato en rato se gozaba de una vista despejada. Pero justamente en ello residía la gran expectación, pues daba lugar al juego de la fantasía, y la cascada parecía más grande que después bajo los rayos del sol.

Habíamos visto el salto desde arriba, pero para verlo también desde abajo, tuvimos que trabajar tres días duramente. Por una gran desviación y por medio de caminos espeluznantemente empinados y pedregosos, dimos un rodeo a las altas montañas por la parte derecha del río Bogotá. Las montañas, a cuyas espaldas está la sabana de Bogotá, caen aquí en precipicios de casi mil metros de altura, a cuyos pies se hallan las zonas montañosas más bajas. El punto alto del Tequendama se encuentra a una altura de 2.356 metros, San Antonio, donde pasamos la noche, a 1.468 metros de altura. En pocas horas se desciende de la "tierra fría", de la tierra de la avena, los cereales y las papas, pasando por la "tierra templada" (café), hasta los límites de la "tierra caliente", de la tierra de las palmas, bananos, etc. A través de una selva extraordinaria, exuberante, va el camino; enredaderas en números infinitos se prenden a los hermosos árboles de 80-100 pies de altura. Produce una sensación reconfortante, después de una estadía de meses en una altiplanicie sin árboles, cruzar de nuevo por una selva tropical, donde precisamente la vegetación se desarrolla con opulencia, se estimula por los vapores ascendentes del caliente valle del Magdalena, que son condensados en nubes y finas lluvias en las pendientes de la fría altiplanicie.

Desde San Antonio hacia el pie del salto no sale ningún camino, y la salida usual sobre las piedras del lecho del río nos fue cortada por el alto nivel del agua. Con ayuda de dos indígenas y nuestros servidores, tuvimos que abrir una trocha a través de la espesa selva. Despacio, paso a paso, progresivamente, requerimos horas para dejar atrás sólo un pequeño espacio de terreno. Ora teníamos que ascender por inclinados precipicios, en seguida descender de ellos; ora nos interrumpía una áspera roca, más tarde eran masas de tierra derrumbadas que se oponían a nuestra marcha, y más de una vez tuvimos que retroceder para probar suerte por otros parajes. Por todas partes, se enredaban a los pies las lianas, y agudas espinas abrían heridas dolorosas.

En este punto, se agregó la pendiente del abismo, para multiplicar las dificultades. Montaña arriba, pegados los dedos firmemente en el blando terraplén, ganando terreno con toda la fuerza muscular hacia arbustos o arbolitos favorables, no eran raras las veces que uno se caía, pues el árbol, podrido, se deshacía en las manos, convertido en polvo y tierra. Pero también los troncos fuertes retrocedían con frecuencia bajo el peso del hombre, pues la delgada capa del terraplén de las fuertes rocas arenosas ofrecía poca estabilidad. Monte abajo, se iba mejor. Deslizándose sobre los pantalones, se llegaba fácil y rápidamente abajo por la tierra húmeda y escurridiza. Un viaje de ésos es sólo peligroso para la ropa, pues la densa vegetación impide una caída al vacío.

Después de las dos de la tarde llegamos a la cascada. Tuvimos que regresar sin haber alcanzado sus pies, pues nuestros guías no estaban dispuestos a moverse más, a ir más adelante por el piso extremadamente resbaladizo, a consecuencia del polvillo de agua. Pero todo el majestuoso espectáculo lo disfrutamos a una cortísima distancia. Desde arriba parece verse como si el río cayera desde la alta cascada con tranquilidad por entre las paredes rocosas; pero desde aquí se reconoce que la cascada



Convento de San Carlos (Ahora Colegio Mayor de San Bartolomé).

sigue a la cascada y que el agua se precipita en estruendosos bramidos, impetuosamente, hacia la profundidad.

Regresamos supremamente agotados por la noche a San Antonio. Hoy como ayer, gozamos de la vista magnífica de los nevados de la cordillera Central, el páramo del Ruiz y el del Tolima. Observadas a gran altura, ofrecen estas grandes montañas, distantes cerca de 30 horas de camino, una vista indescriptible. Aparecen tan altas estas montañas por encima de las nubes, que sólo con mucha dificultad se puede uno persuadir de que en verdad está viendo montañas.

Al día siguiente, desde San Antonio atravesamos el río, ascendimos por su orilla izquierda hacia la hacienda de Tequendama y proseguimos a Soacha. A la mañana siguiente, regresamos al salto, para verlo por última vez desde arriba y por la margen izquierda. En forma similar a la de la primera visita, nos paramos perpendicularmente al abismo, sobre una roca voladiza. Pudimos reconocer nuestro camino en el fondo del valle y recapitular todas nuestras impresiones.

Cerca de este lugar se encuentran algunas grutas carboníferas, que, aquí como al otro lado del salto, son explotadas en capas casi horizontales. Los filones son buenos y tienen cerca de tres pies de grueso, pero son explotados con esfuerzo y no son muy rentables, pues el carbón debe ser transportado dos horas en mula antes de tomar la carretera que conduce a Bogotá, y Bogotá, una ciudad de 40.000 habitantes, donde las cuatro quintas partes de la población son pobres, necesita muy poco carbón. No hay otra cosa para la venta.

El 13 por la tarde regresamos a Bogotá.

El 21 de julio abandonamos a Bogotá nuevamente. Esta vez nuestra intención era visitar el famoso puente natural llamado el "Puente de Pandi". Pero para no tener que hacer a la ida y a la vuelta el mismo camino, decidimos tomar de ida el camino por Usme (2.780 m) y Pasca (2.145 m) hacia Fusagasugá (1.718 m), un camino que en el mapa parece menos largo que la vía directa por la que se llega en un día a esa población. Nuestra caravana consistía, como en la expedición al Tequendama, en nosotros dos, dos peones (arrieros), uno de los cuales estaba encargado del barómetro y el otro del equipaje, y una mula con nuestras camas y otros utensilios. A las ocho de la mañana salimos de la casa, rumbo al sur, por la sabana de Bogotá. Después de unas dos horas de cabalgar, desembocamos en un valle procedente de las montañas del oriente y proseguimos por éste hacia adelante. Al mediodía llegamos a Usme, villorrio miserable que está significativamente más alto que Bogotá. Allí nos enteramos de que para ir a Pasca teníamos que atravesar otro páramo; es decir, una altiplanicie casi desprovista de vegetación, de más de 10.000 pies de altura.

Hasta cerca de las seis de la tarde subimos lentamente a la altura del valle. La vegetación decrecía cada vez más, y los campos desaparecieron casi por completo. Finalmente, cuando entraba la oscuridad, llegamos a una casa solitaria, la hacienda El Hato (3.121 m). Pero aquí no hallamos un amistoso recibimiento. Con esfuerzos logramos encontrar un techo que nos resguardara de las lluvias torrenciales y alimentos para los hombres y los animales. La lluvia duró toda la noche, de tal manera que al día siguiente el camino se había convertido en un completo lodazal. Tuvimos que tomar un guía de aquí, pues el páramo carece de caminos. Con esfuerzos y lentamente, ascendían las mulas por el suelo embarrado en las pendientes del valle hacia las lomas de la montaña. No había ya árboles ni arbustos, y apareció una planta muy particular, el llamado "frailejón", cuyas hojas grandes y lanciformes, espesamente pobladas de barbas blancas, sobre el tronco negro, frecuentemente de la altura de un hombre, ofrecen un espectáculo especial, sobre todo cuando sobre las extensas planicies no hay durante horas enteras otra vegetación que ver. Ahora el camino conducía hacía las altas lomas, a través de bajas depresiones. El suelo es completamente pantanoso; todas las montañas están peladas; no obstante, no se ve ningún tramo rocoso, pues todo está cubierto de gruesas capas cenagosas. Estos páramos son muy temidos por los habitantes. Las partes más altas, formadas por montañas, están sometidas a fuertes vientos, se hallan casi continuamente envueltas en nubes y por lo general reina en ellas un riguroso frío. Éste fue el primer páramo que cruzamos, y desde el principio conocimos sus horrores. Desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde estuvimos a una altura de 3.722 metros, envueltos permanentemente en nubes, bañados casi sin interrupciones por lluvias tormentosas. Allí soplaba un viento helado; los dedos se congelaban de tal forma, que apenas podíamos abrir las manos; las mulas tiritaban de frío y, pese a las mantas de caucho, la humedad penetraba por todas partes.

Sin ver mucho de las dos lagunas que se hallan situadas en esta altura, hacia la una de la tarde llegamos al extremo superior del valle, que bajando conduce hacia Pasca. A pesar de que espesas nubes cubrían los precipicios, pudimos convencernos rápidamente de que teníamos ante nosotros un precipicio espantosamente escarpado. Por cierto que la afirmación del guía de que caminar hacia abajo era impensable, nos había preparado para los malos caminos, pero no habíamos esperado una pared pedregosa tan espeluznante. En un tiempo increíblemente corto, por esos caminos se llega de la pelada región paramosa a bosques maravillosos, llenos de plantas tropicales y lianas y vegetación palmiforme. La exuberancia de esta vegetación del valle sorprende cada vez de nuevo; nunca se hastían los ojos de estas riquezas de hermosas formas y agrupadas con tanta belleza. Si habíamos sufrido arriba en el páramo, a cinco grados, por la humedad, aquí tuvimos que aprender que ello era sólo un anticipo de los torrenciales aguaceros tropica-

les. El agua se precipitaba en densas masas. El suelo del estrecho y por lo general bastante profundo camino servía de lecho a un arroyo torrencial, a través del cual tuvimos que buscar con dificultades nuestro camino por las piedras enfangadas. Finalmente la explanada del valle se tornaba menos empinada, y entonces confiábamos en subir sobre nuestros animales y así poder alcanzar más rápidamente un lugar para dormir, pues el guía dijo que la parte propiamente mala del camino empezaba y sólo con esfuerzos saldríamos antes de la noche de la región boscosa.

Y realmente tuvimos muy pronto la oportunidad de convencernos de que entrada la oscuridad era impensable proseguir adelante. En la parte plana y baja del estrecho valle, sombreado por un selva espesa, se acumulan todas las aguas; el piso, una masa arcillosa grasa, se había inundado fuertemente y formaba un pantano viscoso y sin fondo. A cada paso resbalaban hombres y animales. Para posibilitar de alguna manera el paso de los animales, fueron conducidos sobre estrechas zanjas paralelas al camino, en las cuales la mula tiene que poner primero el pie delantero y después el pie trasero. Estas zanjas, al principio muy planas, cada vez se desbordaban más, hasta que poco a poco alcanzaron una profundidad tal que a cada paso la mula empujaba la barriga contra las costillas allí interpuestas. Las zanjas y huecos están rellenos de agua y barro, y frecuentemente es el camino un charco ancho, pues el sendero, originalmente angosto, se ensancha, progresivamente, convirtiéndose en un amplio camino, por lo que todos buscan serpentear por el bosque, al margen de las masas pantanosas. En los lugares muy fangosos, es decir, en los que algunas mulas ya se han hundido, hay pasos construidos con troncos del grosor de un brazo y de cerca de cuatro pies de largos, sobre los cuales caminan las mulas con paso inseguro. Pero también estos pasos de madera se cubren poco a poco de barro, la madera se pudre y cada paso puede conducir al barrizal sin fondo. Después que habíamos superado un buen trecho del camino por entre estas masas fangosas, decidí montar en mi mula, pues caminar con el impermeable grande, con los zamarros de muchas libras de peso y con espuelas dotadas de estrellas de una pulgada de largo, es sumamente penoso, especialmente por esta región. Cabalgar por estos caminos ofrece también sus incomodidades; es más un continuo caerse en los profundos barrizales, y apenas se logra entender cómo una mula puede abrirse camino por entre este barro.

Emporcados de barro hasta la cabeza, llegamos finalmente a Pasca, entrada la noche. Es una pequeña y agradable población, más o menos 1.500 pies más baja que Bogotá, situada en un hermoso valle (2.145 m), que está ubicado al pie de la confluencia de dos torrentes tumultuosos.

Como era costumbre, habíamos escogido la peor época del año para visitar el páramo, pues en las altas regiones ahora tenemos invierno (es decir, estación lluviosa), mientras la sabana de Bogotá y los valles más bajos gozan del llamado verano. Para un extranjero es completamente imposible elegir la estación apropiada para un viaje, pues con frecuencia a pocas horas de camino se encuentra verano e invierno en una u otra región.

El 23 de junio cabalgamos valle abajo hasta su desembocadura en el amplio y gran valle de Fusagasugá (1.718 m). Esta población es la Baden-Baden de Nueva Granada. Faltan aquí los baños termales y las salas de juego, lo que no quita que los bogotanos tengan predilección por esta pequeña ciudad como "veraneadero". Durante los meses de junio, julio y agosto domina en la misma Bogotá un tiempo característico. Fuertes vientos conducen permanentemente espesas nubes desde las llanuras del Orinoco a las montañas, y una fina lluvia cae casi permanentemente sobre la altiplanicie. Hay frío, y la humedad penetrante produce un sentimiento de tristeza y malestar. Quien puede busca huir de este tiempo y, como los valles profundos y templados están libres de las molestias de las lluvias, las mejores familias se desplazan hasta

allí "para temperar", como aquí se dice. Y, ciertamente, merece Fusagasugá esa predilección, pues sin ser caliente, ofrece un clima en el que crecen bananos y palmas; también su ubicación es extraordinaria. Un amplio valle rodeado de bellas montañas de miles de pies de altura desciende de nordeste a sureste. El piso, relleno de sedimentos rocosos, forma una meseta alargada, en la que el lecho de muchos torrentes es recortado hasta 300 y 400 pies de profundidad. Bellos prados, campos de caña de azúcar y maíz rodean la localidad, hasta cuyas casas alcanzan los bosques de los montes. En las pendientes del valle, en su llanura y en los precipicios se encuentran desperdigadas las casas campesinas entre los naranjales.

El mismo día cabalgamos por la pendiente oriental del valle, por entre valles laterales y sobre sus altas lomas, hasta la localidad de Pandi, cuyo emplazamiento (941 m) alcanzamos a las nueve de la mañana.

No pudimos dormir tranquilamente, pues hasta muy tarde de la noche sonaban las guitarras y los tiples (una especie de viola), y hacia las tres de la mañana nos despertó un torbellino de tambores, pitos y un enloquecedor repique de campanas, acompañado del grito estridente y repetido de: "¡Hi San Juan!". Era el día de san Juan Bautista, la fiesta más popular en todo el país. Con el grito "San Juan" se saluda, y el saludado lo da a su vez como respuesta. En la noche de la fiesta corre el agua sagrada, y jóvenes y viejos, muchachos y muchachas, van con luces y lámparas hacia el arroyo más cercano, para gozar, en compañía, de un baño orgiástico. Antes del amanecer todos regresan, y entonces ahora se va a caballo. Quien tenga una silla y una mula no puede quedarse en casa. Todos los hombres jóvenes del pueblo y muchas muchachas se reúnen en la plaza, que no falta ni en el pueblo más pequeño, se persiguen corriendo por las calles, regresan a la tienda para tomar un trago, y se persiguen de nuevo a través de las calles y sigue el juego... hasta que la oscuridad da término a la diversión.

¡Pobre del gallo que ese día se asome por las calles! Pasando como un rayo a galope, el jinete se agacha hasta el suelo, agarra al desdichado animal, lo blande en triunfo sobre la cabeza, y aceptado (el reto) por toda la multitud de jinetes, empieza en el acto una salvaje cacería, cuyo fin y objetivo es arrebatar el gallo de las manos del afortunado. Es un espectáculo peculiar, lleno de colorido, ver cazando, de aquí para allá, a las figuras semisalvajes, con sus ruanas al vuelo, sobre caballos excitados y entre fuertes gritos. Adquieren especialmente las jóvenes muy buen aspecto con sus amplios vestidos, el cabello suelto y colorada la cara de entusiasmo. Este juego del gallo, como lo vimos en Pandi, es un remanente de viejas costumbres, pues en realidad —y esto sucede en muchas otras localidades— una muchacha con los ojos vendados tiene que tomar de la cabeza un gallo enterrado hasta el cuello, en recuerdo de la decapitación de san Juan. La fiesta no tiene, de ninguna manera, un carácter religioso. La iglesia permanece cerrada, por lo que se baila y se toma toda la noche y al día siguiente se celebra el "San Pedro" de la misma manera.

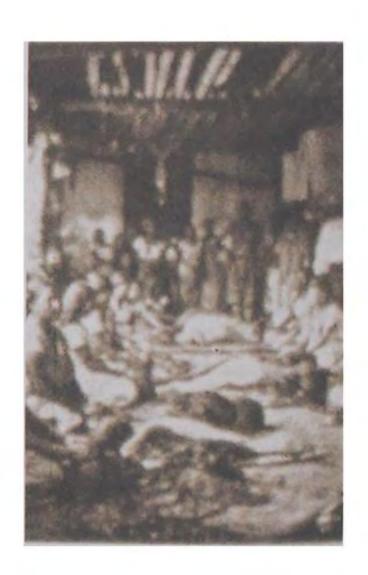
Gozamos allí de la amable hospitalidad de una "calentana" (mujer habitante de tierra caliente). Con placer observábamos el apacible cumplimiento de las labores domésticas de la mujer de 30 años, que cuidaba de una horda de dulces niños, el orden de la casa, una taberna y de nosotros, sus huéspedes, mientras su marido, recostado todo el día en la hamaca, se dedicaba a no hacer nada. ¡Qué contraste el que producen estas personas frente a los sucios habitantes de las altas montañas! Aquí, en los climas calientes, es la limpieza una necesidad indispensable; allá, en la tierra fría, entran en contacto con el agua sólo cuando llueve, pues ni interior ni exteriormente quieren usar ese elemento, que según el decir de los curas, requiere primero la bendición eclesiástica. Las telas de lana, oscuras y pesadas, de las tierras altas están llenas de suciedad en hombres y mujeres; una camisa blanca es una rareza; hollín, grasa y restos de comida han oscurecido hace tiempos este color. En las tierras calientes domina la ropa blanca resplandeciente;













Ambalema.













67

los hombres, en pantalones de lino y camisas blancas; las mujeres y las jovencitas en camisas muy escotadas, blancas como la nieve y adornadas con cordones negros, largas faldas con muchos plieges y cabellos espléndidamente peinados. El cielo oscuro y el frío hacen al hombre hosco; el sol y el calor, alegre y lleno de vida; y casi parece que un determinado grado de calor es necesario para producir esa gracia tan maravillosa en movimientos y formas de hablar —para nosotros, los nórdicos, inimitable—, que es propia de casi todos los países de tierras calientes.

De Pandi salimos cabalgando lentamente hacia el sur, a través de dos hermosos valles, hasta llegar, después de tres cuartos de hora, al valle de "Suma Paz", cercado de escarpadas paredes rocosas. Suma Paz se llama propiamente el más alto pico, casi siempre cubierto de nieve, de la cordillera Oriental. El río que se precipita con una violenta corriente desde esa altura, lleva por él el nombre de "río Suma Paz". En la parte alta de su curso, corre el río por un valle amplio, que se angosta hacia abajo poco a poco hasta formar, a la entrada del valle principal de Fusagasugá, sólo un estrecho torrente. Aquí, en la población de Pandi, tiene esa quebrada, en sus orillas superiores, cerca de 30 pies de ancho y más o menos 300 pies de profundidad; grandes rocas, sujetas las unas con las otras, forman un puente natural. El corte, rodeado de rica vegetación, con paredes de ángulos rectos escindidos como a cuchillo, las violentas y estrepitosas aguas en lo profundo, forma un cuadro tan variado por todas las otras corrientes de agua, que es altamente interesante para los geólogos su investigación. En lo profundo de esta quebrada, envuelta en una eterna media luz viven aves nocturnas características. Un disparo en la profundidad retumba como truenos en estampidos sin fin, aterrorizando a las aves lucífugas. Con graznidos desagradables que se multiplican en ecos, éstas vuelan, como apariciones fantasmales, de aquí para allá. Sólo por un desvío de varias horas se puede llegar, por el agua, al pie de estas paredes rocosas, igual que en el Tequendama. Para nosotros no ofrecía ningún interés esa expedición extenuante y peligrosa.

Una vez que regresamos a Pandi, inspeccionamos en las cercanías de la población un bloque de piedra que está en las pendientes de la montaña, con un jeroglifo, una "piedra pintada". Quedamos verdaderamente desengañados. Una superficie de pocos metros cuadrados está emborronada con dibujos rojos e irregulares, entre los cuales se repiten con la mayor frecuencia elementales viñetas lineales, como se encuentran en todas las épocas sobre objetos de barro. Con todo, también se encuentra la imagen de un sol y un escorpión, pero nos parece el conjunto más la mamarrachada de algún aprendiz de cerámica que los testimonios de viejas y profundas transformaciones geológicas, como lo afirman los letrados de Nueva Granada. Por razones geológicas, se creen estos mismos señores con derecho a suponer un vaciamiento intempestivo de una gran laguna en este sitio. Los jeroglifos deben representar plásticamente ese suceso: el sol significa la fertilidad de esta tierra alguna vez cubierta de agua; el escorpión, la aparición de los animales terrestres; una serie de ornamentos lineales representan sapos croantes, que, según su opinión, simbolizan, en el lenguaje plástico indígena, una gran acumulación de agua. Los otros dibujos, incomprensibles para esos mismos genios, se refieren al detalle del suceso natural, y propiamente ellos sirven a la confirmación indudable de la interpretación correcta del lenguaje de símbolos de los indígenas.

El 25 de junio regresamos a Fusagasugá en medio de una tormenta. El 26 cabalgamos por el camino que va directo a la sabana. El camino es bueno (es decir, entre nosotros se declararía como espantoso); el escenario, magnífico; hasta ahora no habíamos visto tan bellos bosques selváticos como aquí. Hasta la sabana el camino sigue empinado por entre el bosque, hasta que se llega de repente a la altiplanicie; en seguida llegamos a Soacha. El 27 temprano llegamos de nuevo a Bogotá. Animales y hombres necesitaban descansar.